



La vendedora de rosas

—GUIÓN CINEMATográfico—

Víctor Gaviria
Carlos Henao
Diana Ospina



La vendedora de rosas
—GUIÓN CINEMATográfico—

Víctor Gaviria
Carlos Henao
Diana Ospina



Gaviria, Víctor, 1955-

La vendedora de rosas. guión cinematográfico / Víctor Gaviria, Carlos Henao y Diana Ospina. -- Medellín : Fondo Editorial Universidad EAFIT, 2012.
256 p. ; 24 cm.--Ediciones Universidad EAFIT

1. Cine – Colombia – Argumentos, tramas, etc. 2. Guiones cinematográficos.
3. Películas cinematográficas. 4. Niños y violencia – Medellín (Colombia). I. Henao, Carlos. II. Ospina, Diana. III. Duque Naranjo, Lisandro, Prol. IV. Tít.
791.437 cd 21 ed.
G283

Universidad EAFIT-Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría Villegas

La vendedora de rosas

—GUIÓN CINEMATOGRAFICO—

Primera edición: diciembre de 2012

© Víctor Gaviria

© Carlos Henao

© Diana Ospina

© Corporación Festival de Cine de Santa Fe de Antioquia

© Fondo Editorial Universidad EAFIT

Cra. 48A No. 10 sur - 107. Tel. 261 95 23

www.eafit.edu.co/fondoeditorial

Correo electrónico: fonedit@eafit.edu.co

Bocetos del vestuario: Ricardo Duque, 1996

Fotografías: Eduardo Carvajal

Editado en Medellín, Colombia

Contenido

Prólogo al guión de <i>La vendedora de rosas</i> <i>Lisandro Duque Naranjo</i>	7
Relato inicial de <i>La vendedora de rosas</i> <i>Víctor Gaviria</i>	11
<i>La vendedora de rosas</i> (1996)	
Sinopsis.....	21
Ficha técnica	23
Reparto	24
<i>La vendedora de rosas</i> –guión cinematográfico–	25
Vestuario y fotografías	184
Premios.....	193
Conversación con los guionistas de <i>La vendedora de rosas</i> <i>Pedro Adrián Zuluaga</i>	195
Conversaciones de Víctor Gaviria con las jóvenes de <i>La vendedora de rosas</i>	225

<i>La vendedora de rosas: reflexiones sobre los niños de la calle en Medellín</i>	233
Glosario	249
Los autores	255

Prólogo al guión de *La vendedora de rosas*

A manera de insumos para este prólogo, Víctor Gaviria y Diana Ospina –guionistas, junto a Carlos Henao, de *La vendedora de rosas*–, me enviaron, aparte del guión escrito, la entrevista de ellos tres con Pedro Adrián Zuluaga, así como una entrevista de Víctor con la revista *Número* y un listado de escenas filmadas de la película que no quedaron incluidas en la versión final, quizás porque desafinaban la estructura ya lograda o porque le aumentaban la duración innecesariamente.

Yo no requería de tanta información, aunque la leí toda, salvo que este Prólogo pretendiera ser un material exhaustivo, casi una tesis de grado, algo en lo que no soy especialista y con lo que podría fatigar a los lectores. De modo que terminé dándole prelación a la película propiamente dicha, al guión escrito y a la conversación de los guionistas con Pedro Adrián Zuluaga.

La alusión a tan prolijo envío, sin embargo, viene al caso, porque es una prueba de lo minuciosos que fueron, y siguen siéndolo, los tres guionistas en cuanto atañe a la metodología que desplegaron a lo largo del proceso que concluyó en *La vendedora de rosas* como producto fílmico listo para ofrecérselo al público. Y de ese itinerario complejo, es suficiente constancia la entrevista en mención, toda una cátedra de trabajo de campo destinado a desenlazarse en una película de excelencia valorada como una pieza de culto no solo de la cinematografía colombiana. Aquí sí que podría decirse lo que de su

técnica novelística expresó Alain Robbe Grillet: “No solo me interesa el relato de una aventura, sino la aventura de un relato”.

Si bien este libro circulará con preferencia entre sectores de cinéfilos y estudiantes de cine, contribuyendo a madurarlos en la construcción de historias magníficas, de ficción o documental, me parece inevitable que su interés llegue a expandirse a autores de otros lenguajes, como la literatura, el periodismo de profundidad, el ensayo y la etnografía. Y aunque no se lo propusieron los guionistas, o Víctor, que es entre los tres quien más abunda con esa obsesión a lo largo de la entrevista, hasta a las disciplinas que se ocupan de las adicciones infantiles a los sicotrópicos debiera inquietarles el hecho –que desde luego no pretende ser un descubrimiento, pero que como palpito es invaluable–, de que para varios de los niños abandonados de la mano de dios aspirar un estimulante como el *sacol* es un recurso que les permite recuperar el paraíso perdido de su reciente infancia, cuando sus abuelos aún vivían y lo que ahora se llama eufemísticamente “disfuncionalidad familiar” no los había arrojado aún a las calles de la agresiva urbe en que transcurre la película. “El camino de los afectos” llama Gaviria a esos edenes artificiales.

La escena en que la Cachetona, casi contra su propio deseo y sentido de la “libertad”, es recuperada por su padre del inquilinato lumpen en el que habita con sus compañeras, es de los escasos momentos en que ese “camino de los afectos” se ofrece viable y no constituye una alucinación. Es una secuencia emotiva, en la que el reintegro a la formalidad familiar es de todas maneras “negociado” entre padre e hija, salvándose esta de la fatalidad de la calle que para sus amigas seguirá siendo inexorable.

Hay otros instantes en que las peladas, sin necesidad de *ensacolarse*, en su conversación recrean picarescas pertenecientes a una Antioquia “feliz” (la de los tiempos de la arriería o la “pujante” de Coltejer y Fabricato), lo que se ilustra cuando una de las adolescentes, al ser presentada a otra, le dice: “Mucho gusto, me llamo José Repelín Cuchara”. No todo, pues, como suelen recriminárselo a Gaviria –y que ni el guión ni la

película podían eludir para satisfacer a la “gente de bien”–, es “*gonorrea*”, “entonces qué papá”, “sí o qué”, vocabulario emergido a partir del momento en que Medellín se escindió culturalmente ya sabemos por qué. No: Carrasquilla se mueve muy a su antojo por los diálogos de *La vendedora de rosas*. “El camino de los afectos” incluye también la reivindicación de la oralidad ancestral.

A los guionistas, además, se les atravesaron –en su peregrinar al lado de las precoces peladas que los guiaban por el Medellín profundo–, tantas situaciones, que por sí solas eran, cada una, un hilo de Ariadna que al jalarlo los conduciría a revelaciones que, de sucumbir a ellas por su riqueza dramática, terminaría atomizándoles una estructura ya acordada. Muy a pesar suyo y queriendo evitar esas tentaciones, no tuvieron más remedio que delimitar sus curiosidades a efecto de no dispersarse temáticamente, para lo que les resultó decisivo haber adoptado el texto de Hans Cristian Anderson, “La vendedora de cerillas” como eje narrativo, como brújula hacia un final convincente, como cinturón de castidad dramática que los cuidara de ser devorados por la infinitud de primicias trágicas que constituyen la cotidianidad de los niños y niñas de las populosas comunas de *Medallo*. De no haber mediado esa metodología contenida, los tres guionistas hubieran sido devorados por la espesura de episodios inagotables y la película nunca se hubiera empezado.

Decía el dramaturgo inglés Eric Bentley, que “un autor dramático se parece a esos capitanes de barco que, para evitar un naufragio, deben arrojar carga preciosa al mar”. Creo que los guionistas de *La vendedora de rosas* se tomaron a pecho esa estrategia.

Lisandro Duque Naranjo

Relato inicial de *La vendedora de rosas*¹

Mónica tiene doce años, pero su delgadez y su figura menuda le hacen aparentar menos, quizás nueve o diez años, lo que le permite todavía provocar la ternura que deben inspirar las vendedoras callejeras, especialmente las vendedoras de rosas.

Ya todas las tabernas están cerradas, amanece en las calles y Mónica está con algunas amigas de su edad, que se han pasado la noche inhalando pegante, lo que ya las tiene *embaladas* y nerviosas. Mónica se deja llevar por la tentación y durante unos segundos se ha pegado del frasco de una amiguita y comienza a sentir el cosquilleo de la traba. Pero ya amanece y quiere llegar rápido a su casa.

En el bolsillo guarda un secreto, el regalo que le ha dado alguien en la noche, un hombre borracho y cariñoso que ha querido ser especial con ella: un reloj de propaganda barato, de plástico, pero muy vistoso, con números y figuras pintadas alrededor del horario.

Mónica lo saca del bolsillo y lo mira con cuidado. Como está con sus amiguitas *embaladas*, se deja llevar por ellas y termina en el fondo de

¹ A partir de este relato inicial, que nació de la primera conversación con Mónica Rodríguez, cuando tenía once años, y del cuento “La vendedora de cerillas”, de Hans Christian Andersen, se elaboró el guión.

una callejuela, en La Iguaná, en donde están unos muchachos alterados por alguna droga. Desprendida, sin pensarlo, Mónica ofrece su reloj a cambio de algo, de plata sobre todo, porque la necesita para el 24²... Uno de los muchachos, el más joven, se enamora de inmediato del reloj y lo toma sin pedir permiso. Del bolsillo saca de inmediato un reloj de mujer, delgado y no muy llamativo, de correa negra y se lo da a cambio del suyo a Mónica. El reloj cautiva de golpe a la niña, puesto que es un reloj de mujer que tal vez pueda regalar o vender con facilidad... obviamente es un reloj robado. Mónica lo guarda en el bolsillo y se va enseguida.

En la llegada a su casa, Mónica se mezcla con serenateros borrachos que apenas llegan y con *peladas* que salen a trabajar a las casas, con la grisosa luz del día. Al cruzar frente a un callejón cree ver a una señora al fondo que le hace una seña. Se devuelve sorprendida, pero ha sido una ilusión... Asustada se apresura hacia su casa.

Mónica se levanta en la tarde... Al salir a la calle ve a mujeres del barrio con minifaldas, provocativas, que se levantan sobre las piedras de las calles para ir donde hombres que las esperan en la avenida en carros suntuosos... Mónica se ríe de ellas, pero envidiosa... Es 23, debe ir por las rosas... Una amiguita viene por ella para ir juntas. Es diciembre, hay globos, natilla, gente bebiendo...

Cuando sale a la avenida Colombia ya sus amiguitas han comenzado a oler *sacol*... Ella se asusta, comenta la alucinación del día anterior y promete que no va a meter nunca más. Eso la enloquece.

La tarde del 23 de diciembre se extiende ante Mónica, que todavía no tiene las rosas. Camina por el sector, por la carrera 65 en donde se

² 24: Fiesta familiar que se celebra la noche del 24 de diciembre, víspera del nacimiento del Niño Jesús.

encuentra a muchos amigos de su edad, los pelados que limpian los parabrisas sin autorización, desplegando toda esa escena tan deliciosa que se ve a través de la transparencia de los vidrios de los carros. Ellos quieren decirnos: “¡miren cómo trabajamos nosotros!”. Es pura actuación.

Al atardecer, una vez ha conjurado las tentaciones del vicio, luego de un acercamiento hermoso con una de las amiguitas, que la quiere y le habla siempre con amor, un tanto homosexual, pero amor, Mónica se va por los lados del Éxito, un almacén atestado de gente que compra los regalos de navidad. Mónica visita a un amigo, celador de un parqueadero, al que encuentra en problemas con unos muchachos en moto, que lo quieren matar. Está muy nervioso, no pasa de aquel día, piensa con pesimismo.

Mónica oye también los diálogos de la gente, que el aire le trae a jirones. Preocupaciones tontas de quienes lo tienen todo, compromisos, insatisfacciones, peleas, mimos de niños y adolescentes... Gente que come helados, modas, pelaos muy bellos que Mónica ve también con envidia.

Frente a las vitrinas, bajo los anuncios de luces de la navidad, Mónica tiene conversaciones muy especiales de gente pobre: alguien que fue encontrado muerto bajo un puente, peligros, peleas, rencillas de la calle.

De pronto aparece la pólvora. La trae una niña amiga de Mónica, a quien su padre ha dado varias docenas de chispitas mariposas para vender en la calle, también borrachitos, chorrillos, etc. Mónica las ve en una callejuela, detrás del almacén, encendiendo las chispitas que llenan la calle de alegría.

Mónica la sigue, interesada, obsesionada, enamorada de la pólvora. No tiene plata, lo único que puede cambiar por pólvora es el reloj de mujer que cambió con el muchacho del barrio.

Su amiga acepta al ver el reloj. Como Mónica quiere más pólvora, diversa, no solo “chispitas”, mañana completará con muchas más, ocho o diez mínimo.

Antes de comenzar a trabajar, a vender rosas, Mónica enciende alguna caja, para su propia diversión y alegría. De pronto, en la esquina ve cruzar a una señora que se le parece a su abuela, a quien tanto quiere, quien tanto la quiso antes de morir. La busca desesperada, pero se da cuenta que es una equivocación, es otra señora de la calle. Mónica le comenta a su amiga de su abuela, de lo importante que fue para ella, y de cómo murió a mediados del año, un día preciso cuyo número Mónica recuerda con exactitud.

Por la noche, de taberna en taberna, bastante solas por las fiestas familiares de navidad, Mónica consigue su plata del día. Ella es inmejorable para vender sus rosas de amor. Sabe decir lo preciso cuando ve a una pareja, tiene gran capacidad para hablar, para convencer a los indecisos... En el ambiente de la noche hay de todo: niñas prostitutas, magos, músicos serenateros, señoras que se la pasan con escopolamina para dormir a alguien.

La amiguita suya que está enamorada de ella se le acerca y le enseña un ratoncito amarrado con una pita, que lo convierte en mascota. La invitan a *sacol*, pero ella corre a la casa de su tía a dormir.

Está amaneciendo cuando llega a su cama, oye los pájaros, oye el agua del río, oye a los muchachos del barrio, tan locos y tan violentos a esas horas de la noche o de la madrugada. Oye a una señora vecina, parecida a su abuela, que se levanta a esa hora a cocinar, oye cómo trata a su nieta. Siente su ausencia de inmediato.

Es el 24. Después de levantarse, Mónica busca en un baúl unos zapatos nuevos de su mamá, que su tía tiene guardados. Como son grandes, los llena con periódicos y se los pone.

Luego Mónica está por la calle, sola, cuando el muchacho del reloj la aborda. Rápido le comenta el problema: el reloj de números y propaganda se le ha mojado y ha perdido los dibujos, se han borrado los números. El muchacho se lo muestra a Mónica. Pero ella ya no tiene el reloj, lo cambió por pólvora. Al muchacho solo le interesa el reloj, además porque piensa regalarlo hoy que es 24. El muchacho amenaza a Mónica, ella le responde airada. “Máteme si quiere”, le dice desafiante, sin meditarlo mucho.

Por la tarde Mónica está triste, va de un lugar a otro, hasta que se encuentra un grupo de amigas. Como es 24, bebe un poco de aguardiente de una botella que sus amigas han conseguido, también prueba el *sacol*, cae en la tentación.

Sus compañeritas, ya mareadas y *embaladas* con el *sacol*, deciden robar algo. Esto la aleja. Busca a la que le debe las cajas de pólvora. Ella quiere ir temprano a la casa para aportar la pólvora a la fiesta. Eso la pone feliz. Todo lo demás la entristece: los *traídos*, las fiestas familiares, la soledad.

Al atardecer Mónica ve algunas imágenes que le remueven algo en su interior: un carro con una familia modelo, con muchos hijos graciosos, sanos, optimistas...

Luego asiste a fiestas familiares, una *marranada*, que Mónica mira embelesada.

Un grupo de muchachos, cazadores de globos, le arrebatan uno que casi encuentra sin que nadie se diera cuenta de su caída. Parece mentira que lo tiene en sus manos, pero enseguida aparecen decenas de muchachos especialistas en coger todo lo que sobre en la ciudad.

De pronto sus amiguitas aparecen de nuevo. Mónica sigue oliendo *sacol*. Es inconsecuente, mentirosa, inconstante. Así es nuestra heroína. Incluso ya no quiere comer nada, ni natilla, ni buñuelos de sus amigas. Bajo una lámpara dramática, Mónica se encuentra con el muchacho del

reloj. Es un momento difícil, duro, porque el muchacho está *embalado*, con ideas muy claras, muy amenazantes. Mónica no puede devolver el reloj, se le escapa porque es rápida, porque es decidida. El muchacho queda ofendido, inquieto, rabioso.

Mónica deambula sin encontrar a ninguna amiguita. Al fin en el parqueadero del Éxito encuentra a su amiguita que tiene el frasco de *sacol* y ella se lo pide y termina quedándose con él. Pasa un poquito a un frasquito que ha encontrado en una caneca... ahora ella ya puede andar sola, a sus anchas, con su paquete de pólvora y su *sacol*...

El muchacho del reloj la persigue. Paso a paso la busca con rencor, ya armado, está loco por hacer algo raro aquella noche de navidad.

Mónica cruza frente a una casa en donde hacen una fiesta. Pero allí no se queda. Va hasta una pared oscura de una casa, y allí, cansada y descalza, se recuesta un momento mientras toma nuevas fuerzas...

Allí prende, con una caja de fósforos que se ha encontrado en la fiesta, las Chispitas Mariposa que tiene guardadas con amor. Entonces tiene las alucinaciones.

La primera es la transparencia de esa pared donde se apoya. Se vuelve como gasa, traslúcida, y se ve en una fiestecita familiar, llena de gente amiga que no se inmuta con su presencia, en cambio la admiten con calidez... De pronto, un pollo asado que está sobre la mesa sale caminando, corriendo, con un cuchillo enterrado en el lomo... Ella se asusta, pero la alucinación se apaga con la luz de la pólvora.

Enciente otra luz, apresurada, y ve entonces un pesebre en una vitrina, pero tan grande, que parece de verdad un establo. Primero siente los animales, el buey y la mula, las pajas, y ve a la Virgen María, tan parecida a alguien que ella quiere reconocer... También está el niño, el Niño Dios de verdad... Como ella está tan cansada, se hace a un lado para recostarse, y de pronto ve a un lado del pesebre una cama grande y con sábanas limpias en donde dormir... Nunca ha visto en una vitrina

algo tan hermoso. Pero la luz también se apaga y, de pronto, ella ve en el cielo la estrella de la Navidad que corre y se apaga, como una simple estrella fugaz...

Se ve a sí misma, oscura, siente las voces de estar acompañada de alguien, se siente acompañada de su abuelita, que le dice que una estrella fugaz es un alma que ya ha salido del cuerpo y asciende hacia el cielo... La palabra "moribundo" llega hasta sus labios, y prende de nuevo con angustia otra pólvora, para que su abuela se le aparezca.

Con la luz de la Chispita su abuela se hace nítida, viene por un caminito del barrio y se encuentra con ella de golpe, la llama y la abraza... Ella está más niña que ahora. Mónica la mira con amor, reconoce la luz de los ojos de su abuela, que simplemente le bastan, más que un regalo o una cama o una comida. Ella le limpia la piel de la cara, le arregla la tela del vestido, le limpia los pies que ya no tienen zapatos.

Como Mónica ya sabe que con la luz extinguida de la pólvora su abuela desaparecerá, enciende una y otra Chispita Mariposa para que su abuela permanezca.

Pero el muchacho del reloj está por ahí merodeando. Un celador lo echa de un patio interior de un condominio que, tristemente, lo lleva a donde está la niña escondida, recostada a la pared de la casa... La luz y el olor a pólvora le llaman la atención, lo conducen hasta ella... Entonces la encuentra, pero ella no se da cuenta.

Desde lejos vemos al muchacho que llega hasta la niña, la increpa, vemos la luz sombría de un revólver. Son las doce, el ruido explosivo se confunde con todas las luces y los estallidos de pólvora del instante de navidad.

Muchos niños salen en ese momento a la calle con sus *traídos* de Niño Jesús.

Al día siguiente Mónica está a un lado de la pared, estirada como una muñeca, con los brazos todavía con los palos de la pólvora, al parecer con los brazos cruzados como si tuviera frío.

Alguien, un celador, la descubre y se acerca con temor. Luego llega más gente, señoras que se escandalizan con el cadáver de la niña.

¿De qué murió? A través de los pies de los señores vemos a Mónica recostada en la pared y el suelo, pero con una sonrisa en los labios.

... Porque nadie sabe que su alma partió como una estrella fugaz en el cielo hacia su abuelita que la esperaba, más grande y más clara que nunca, con los brazos abiertos, en aquel caminito del barrio, en donde siempre la esperó, con un amor más grande que la estrella de Navidad.

Víctor Gaviria

La vendedora de rosas (1996)



La vendedora de rosas (1996)
Sinopsis

Mónica tiene trece años y ya se ha rebelado contra todo. Ha creado su propio mundo en la calle, donde lucha con coraje para defender lo poco que tiene: sus amigas, tan niñas como ella; su novio, un traficante de drogas; y su orgullo, sin hacer concesiones a nadie. La noche de Navidad, como todas las noches, vende rosas para ganarse la vida y para comprar el sueño de una velada con ropa recién estrenada y una salida con su novio, pero la vida le depara una nueva cita con la soledad, la pobreza, la droga y la muerte. Mónica es la otra cara de una ciudad intensa y cruel como Medellín o como cualquier ciudad en donde los niños de la calle no tienen lugar en este mundo.

Ficha técnica

DIRECCIÓN:	Víctor Gaviria
GUIÓN:	Víctor Gaviria, Carlos Henao, Diana Ospina
PRODUCCIÓN:	Erwin Goggel
DIRECCIÓN FOTOGRAFÍA:	Rodrigo Lalinde
COMPOSICIÓN Y DIRECCIÓN MUSICAL:	Luis Fernando Franco
DIRECCIÓN DE ARTE:	Ricardo Duque
CÁMARA:	Erwin Goggel y Olmedo Cardozo
SONIDO:	Heriberto García, Rafael Umaña y Ramón Pulecio
MONTAJE:	Agustín Pinto
ASISTENCIA DE DIRECCIÓN:	Carlos Henao, Mónica Rodríguez, Sandra Higueta, Marlin Franco
PRODUCCIÓN DE CAMPO:	Leda Bustamante, Olga Lucía Pérez, Carlos Zárate, Hilda Ospina y Javier Quintero
ASISTENCIA DE ARTE:	Rodrigo Isaza
MAQUILLAJE:	Gloria Caro y Girlesa Monsalve
VESTUARIO:	Karina Blumenclwejj
DOLLY:	Raúl Soto
FOTO FIJA:	Eduardo Carvajal
UTILERÍA:	Aníbal Silva y Martín Tirado
LUCES:	Juan A. Restrepo y Armando García
TRAMOYA:	Iván Darío García y José Juan Posada
ADMINISTRACIÓN:	Guillermo López
PRODUCTORES ASOCIADOS:	Silvia Vargas, Pierre Cottrel y Sergio Navarro

Reparto

MÓNICA:	Leidy Tabares
YULY:	Marta Correa
ANDREA:	Mileyder Gil
LA CACHETONA:	Diana Murillo
CLAUDIA:	Liliana Giraldo
MARCELA:	Yuli García
MILTON:	Alex Bedoya
ANDERSON:	Elkin Vargas
CHOCOLATINA:	John Fredy Ríos
ROBIN:	Róbinson García
EL ZARCO:	Giovanny Quiroz
DON HÉCTOR:	Elkin Rodríguez
JOVANY:	William Blandón
LOLO:	Wilder Arango
ELKIN:	Duván Vásquez
NORVEY:	Giovanni Patiño

La vendedora de rosas

—GUIÓN CINEMATOGRAFICO—



SECUENCIA 1

EXTERIOR - NOCHE - FACHADA CASA ANDREA - CALLE -
PUENTE - LA IGUANÁ

Las casas de La Iguaná están llenas de decoración y luces de navidad. Frente a la escuela hay un grupo de personas que elevan un globo de dos pisos de alto. El globo se eleva sobre el barrio.

En un callejón, que también está adornado con guirnaldas de navidad, se observa el júbilo de los niños por el globo y se escuchan los gritos de una mamá que pelea con su hija.

MAGNOLIA (*off*)

¡Andrea venga!

ANDREA (*off*)

¡¿Señora?!

MAGNOLIA (*off*)

¿Usted por qué me dañó la grabadora?

ANDREA (*off*)

¡Yo no fui!

MAGNOLIA (*off*)

¡Por qué tiene que cogerme las cosas mías!

ANDREA (*off*)

¡Yo no la dañé!

MAGNOLIA

¿Entonces quién la dañó? ¿Usted a quién entró?

ANDREA (*off*)

Es que se me cayó...

MAGNOLIA (*off*)

¡Cómo que se me cayó!

ANDREA (*off*)

¡Ah no, no me pegue!

MAGNOLIA (*off*)

¡Usted no tiene por qué cogerme mis cosas!, ¿entiende?

ANDREA (*off*)

¡Ay, *amá*, no me pegue! ¡No me pegue!

MAGNOLIA (*off*)

¡No me coja la mano!

En el callejón, la gritería ha hecho que unos niños se detengan a mirar por la puerta de una casa pequeña. Una ventana que está al lado de una puerta se abre y salta Andrea, una niña de nueve años, que corre por el callejón escapando de su mamá.

ANDREA

¡Vieja descarada! ¡Hijueputa!

Doña Magnolia sale furiosa a la puerta con un cable de grabadora en la mano.